

Dalmiro Corti

José María Cao y la caricatura en la Argentina

EL 13 de diciembre de este año 1962 se cumple un siglo del nacimiento de José María Cao, ocurrido en la villa de Suso, provincia de Lugo, en Galicia. A quien conociere la historia de esta región española, le ha de resultar fácil admitir la posible influencia de un *fatum* enfrentado a Cao, en vista de los varios acontecimientos de su vida, que habría de conducirlos a una actitud práctica luego de meditaciones frente al dilema metafísico determinismo-libertad que, desde temprana edad, lo llevaría en ocasiones, al límite de la rebeldía. Para trazar la biografía de Cao sería útil un viaje retrospectivo, a la manera de Rantzel, por su tierra natal y sus primeros años de vida. Sería doble comprobar la influencia del medio geográfico sobre el destino de los pueblos y sus habitantes. Influencia tal, que para Quatrefages, lleva a diferenciar los caracteres de raza, costumbres, ideas, etc. Y coincidiendo con Toynbee, nuestra civilización actual permite hallar sus variaciones en el tiempo. Emilio González López, en su "Galicia, su alma y su cultura" acerca de personalidades re-

levantes de esa región, ha dicho: "Toda alma gallega que quiera crear algo eterno y valeroso tiene que vibrar con la sensibilidad lírica de la raza, llena de amor por los demás seres humanos y por la vieja naturaleza de su tierra". Piénsese en el P. Feijóo, Murguía, Curros Enríquez, Rosalía de Castro, Valle-Inclán, Emilia Pardo Bazán y tantos otros gallegos ilustres. Porque es Galicia esa tierra —según González López—, donde lo natural y lo sobrenatural van de la mano, refiriéndose al descubrimiento del sepulcro del Apóstol Santiago. Fueter (Historia de la historiografía moderna, II, 17) recuerda a Voltaire, quien concedía gran importancia a la influencia inconsciente de las condiciones geográficas y de los caracteres nacionales en el desarrollo histórico de una región. "Nuestra fuerza, la de España, está en la tierra". "La tierra no sólo produce frutos espléndidos, sino que ha formado también un ideal de sobriedad y de señorío" (Azorín: Lope en silueta); el citado autor cree además, que ha salido de la tierra el valor de España, así también como "las montañas son las

CENTENARIO

que ejercen mayor acción sobre los caracteres y las costumbres, mucho más que el clima y el idioma”.

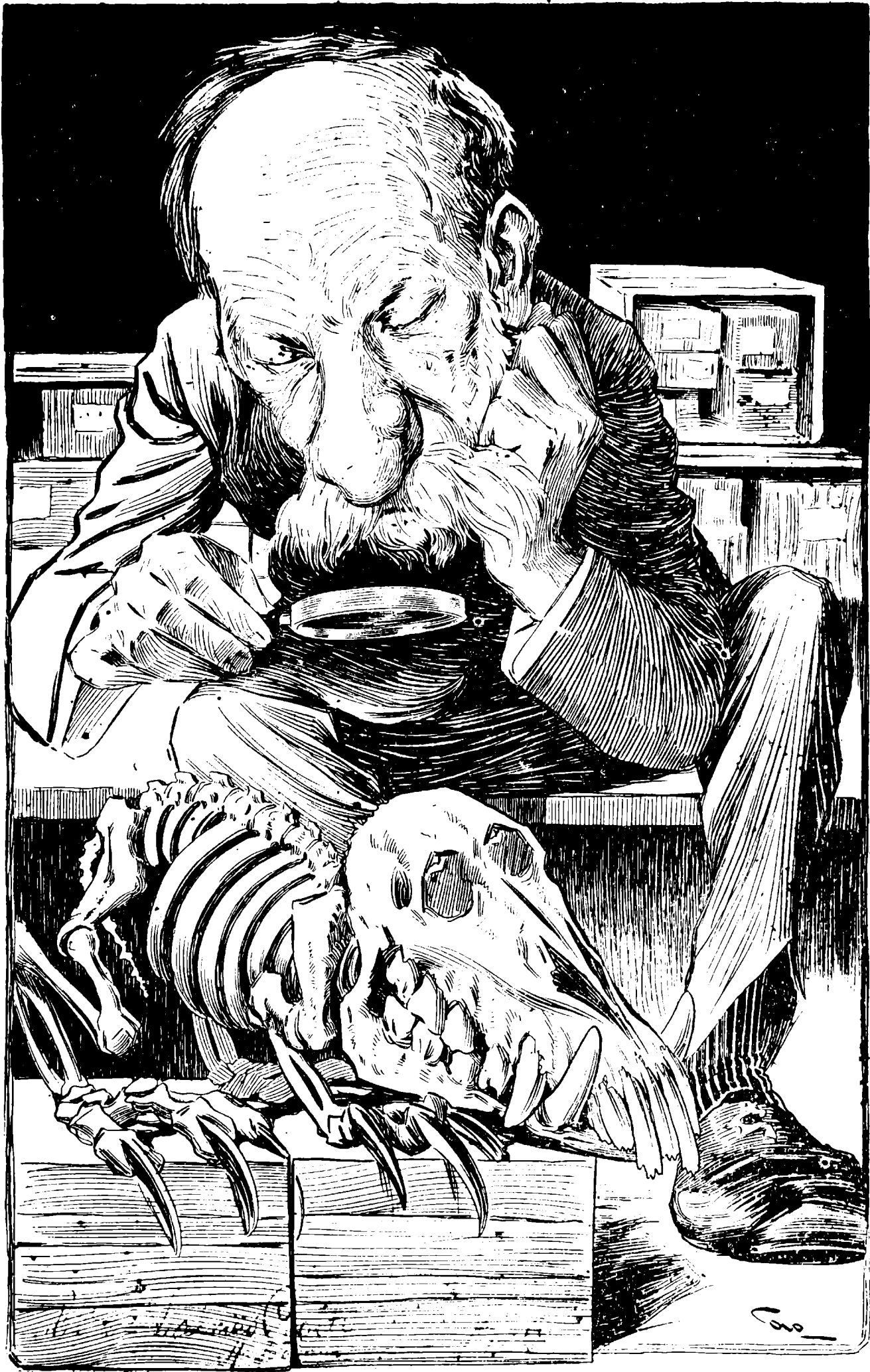
Entre los emigrados de una tal región, se hallará Cao. Pero no terminemos esta argumentación sin recordar a Xavier Bóveda, al citar en “La esencia de lo español”, a Ganivet, pidiendo la concentración de las energías dentro de su España: esto ocurría en 1898 y terminó por realizarse a principios del siglo, en coincidencia con la pérdida de Cuba y casi todo el imperio de ultramar y la reclusión de España en sí misma, en busca de su riqueza interior; cosa que consigue la llamada generación del 98, tan bien estudiada por Lain Entralgo. Pensamos con Bóveda, que ese extravasarse altruista por el mundo es un destino histórico; que España mira hacia América como hermana en un común destino hispanoamericano. Pero nos parece conveniente agregar que la generación del 98 es, no sólo la que se vuelve a España ansiando su renacer: muchos de sus componentes quedan o vienen a hispanoamérica y laboran desde aquí ese destino brillante, esa grandeza. El elenco es extenso y ahora pedimos la inclusión, al lado de tanto personaje de tal clase, de José María Cao, por haber sido un verdadero embajador de esa gran cruzada.

Lo dicho hasta aquí no ha sido para intentar trazar el *aura sentimental* que proteja el *pathos* del biografiado, sino tan solo como aplicación de la metodología moderna de la historia en lo tocante a nuestro tema, puesto que “el historiador necesita re-crear el pasado tal cual fue; pero no tal cual debió ser, ni tal cual pudo ser” (“Del epos a la historia científica”, por J. L. Cassani y A. J. Pérez Amuchástegui”, pág. 26). Con esta metodología habría podido confeccionarse por un contemporáneo al nacer Cao, un horóscopo anunciador de su “*fatum*”.

Los datos que siguen provienen de su contemporáneo, el doctor Manuel Castro López en “El Eco de Galicia” (Buenos Aires, 1893), fundado precisamente por Cao el año anterior. El extenso trabajo nos refiere que a los once meses de su edad, nuestro biografiado debió correr la suerte azarosa de su padre, siendo llevado a Valladolid; a los tres años pasó a Sevilla y luego Lisboa y a los cinco volvió a su país, pues su padre fue nombrado en la famosa fábrica de loza de Sargadelos, la más antigua de España y que fundara en una segunda época (1804), el conde de Orbaiceta; más tarde Cao entraría en la misma fábrica.

De trece años mostró singulares aptitudes y propensión al dibujo, aunque allí sólo había escuela primaria; pero debió pasar a Gijón, al clausurarse los talleres de Sargadelos (1877); su padre ingresaba en la fábrica de loza “La Asturiana”, en esa industriosa villa. Allí conoció al laureado escultor José María López, autor de la estatua de Jovellanos (erigida recién en 1891). Con López trabajó dos años para las monumentales estatuas de David y Salomón, que están en el retablo del altar mayor de San Agustín. Dedicóse a la pintura de decoración y por consejo de López, que le halló especial disposición para la escenografía, pasó dos años en el estudio del pintor Nemesio Martínez.

Ansiaba Cao conocer museos y relacionarse con artistas de Madrid: consiguió colocarse en Vallecas, en la fábrica dirigida por un primo suyo y fue recomendado a don José Cuevas, director de “La Ilustración Gallega y Asturiana”; pero no pudo progresar por exigencias del trabajo y pobreza de la revista, por lo que regresó a Gijón, donde sin perder sus aficiones para lo bueno y lo bello, se preparó para seguir estudios de náutica.



Florentino Ameghino, por Cao, caricatura aparecida en la revista Caras y Caretas n° 10, del 17 de mayo de 1902.

CENTENARIO

Conocida su competencia, fue llamado por el dueño para ponerlo al frente de un establecimiento de porcelanas y cristalerías en La Coruña y en seguida, del taller de decorados de la fábrica de cristal; dos meses más tarde se leía en "El Liceo Brigantino": "el señor Cao honra al arte y a la industria de La Coruña". A la vez estudiaba las carreras de magisterio, comercio, aduanas y telégrafos y colaboraba con ensayos en varias publicaciones, daba lecciones de dibujo y preparaba para carreras especiales.

En su tierra natal se perfilaba también como observador atento de la política: estaba convencido de los ideales del partido federalista republicano y a él se afilió pensando únicamente en la posibilidad de impedir que surjan ministerios funestos. Mas, sufrió desengaño a la muerte de Alfonso XII al comprobar el poco patriotismo de sus correligionarios, dejando perder la oportunidad de cambiar instituciones ruinosas por la libertad y regeneración.

Ante tanto desengaño y pensando que su labor sería mejor recompensada, decide emigrar a la hospitalaria América del Sur, pese al ofrecimiento del notable pintor Román Navarro, que iba a perfeccionarse en Roma, de dejarle el puesto de profesor de Bellas Artes en La Coruña.

Y así, obligado por la suerte, elige la Argentina y llega en compañía de sus padres y una hermana, que luego será la madre de Eduardo Álvarez, el eximio caricaturista que habrá de llegar a ocupar el lugar de Cao, como director artístico de la revista "Caras y Caretas".

Cao, contando 25 años, llega tan pobre a Buenos Aires, que se ve obligado a ejecutar, en el Paseo Colón, caricaturas-relámpago de los transeúntes.

Ya entre nosotros, hacia 1888, figura asociado a un taller de grabados, estereotipia y galvanoplastia. Fue profesor en

un colegio y comenzó su colaboración en varias revistas, entre ellas "El Sudamericano", donde tuvo a su cargo los retratos. Desde entonces cultivó varios géneros: caricaturista, escritor, pensador, político.

El trasplante de Cao nos proporcionó una vida útil y fructífera, portadora de un bagaje especializado. Honrando a nuestra patria honró a la suya de origen, fundando una familia y un hogar dignísimos en su segunda patria que tanto amó y deseó vez feliz y próspera. Con ello quedaría también aseverada la idea de la influencia telúrica, adaptación al nuevo medio, costumbres, etc. Y comienza una nueva lucha. Su labor entre nosotros, se remonta a su llegada al país.

Era una época en que se presentaban en las vidrieras de los negocios, grandes hojas litografiadas de "El Mosquito" y "Don Quijote", portadores de sátiras gráficas sarcásticas, punzantes para los políticos atacados, o cuando menos capaces de enrojecer de vergüenza sus mejillas. Cao no dudó de sus fuerzas y se sintió capacitado para igualar al dibujante alsaciano Enrique Stein, director del primero, o al madrileño Eduardo Sojo, que dirigía el segundo. Y ofreció sus servicios a éste.

Brevemente digamos que en "Don Quijote", Sojo firmaba sus dibujos "Demócrito" y Cao usó el "Demócrito II". Al llegar el año 1890 nos vamos acercando a la revolución estallada el 26 de julio. Si se recorre alguna de las colecciones que aún se conservan de "Don Quijote", entre otras en el Archivo General de la Nación se hallarán muchas páginas de Cao, algunas cargadas de desilusión y pesimismo, de las que sólo mencionaremos una referente a los malos funcionarios y políticos en el gobierno; es tal su desencanto, que coloca esta leyenda:

"Si se alzara de la tumba, cuántos
 [escarmentaría!!
 El país que hoy se derrumba, con un
 [Rosas viviría."

Con la misma indignación y dolor, presenta cuadros sombríos de la actualidad y en otro trabajo pone en parangón los grandes fundadores de la nacionalidad y los réprobos de esa hora: a los primeros los rotula: "Los que cebaron el mate" y a los últimos, "Los que lo chuparon". Cao es implacable con los malos políticos y los metamorfosea en animales dotados de análoga perversidad y mañas, como el zorro, burro, jirafa, pavo, etc.

Si paralelamente a esto pensamos en Cao ubicado en su nuevo ambiente, no costará mucho esfuerzo colocarlo entre los de la "generación del 80", cuya obra estudia Ricardo Rojas en su *Historia de la Literatura Argentina*, poniendo junto a los nuestros algún uruguayo y-españoles como Gómara y Monner Sans. Todos aunados, según Álvaro Yunque, laboraban por una elevación del arte, a la par de Cao: Wilde, Cané, García Merou, Avellaneda, Mansilla, Goyena, Estrada, Lucio V. López, Eduardo Gutiérrez, contemporáneos de Cao en esa brillante década que Enrique M. Barba estudia en esta misma Revista de la Universidad (nº 8, pág. 41).

En la extensa obra de Cao predomina el género festivo, completado con el irónico y frente al inmenso escenario con hombres, pasiones, defectos y a veces también, condiciones dignas de destacar. Su capacidad de lucha al servicio de las buenas causas, en una época en que se practica el arte por el arte, no por el dinero, él aplica la divisa de Santeul, "castigat ridendo mores"; es cuando el gaucho va acercándose a la gran capital y se adapta a ella: Cao capta esos momentos y acciones en forma muy acertada.

No obstante sus elevadas miras, su valentía le acarrea una suma de enojos y reacciones airadas. A fines de 1887 han aparecido en "Don Quijote" unas caricaturas aludiendo a personajes de alcurnia en la política cruda de entonces. El Director, Sojo, fue preso; hubo protestas y comentarios en los diarios: no se conocía al autor, que firmaba *Sancho Panza*. El general Mansilla, desde la Cámara había ofrecido darle de "patadas" al autor; *La Prensa* de esos días comentaba: "Es la primera vez que desde la tribuna argentina se han dicho cosas que el padre de familia menos escrupuloso no permite que se repitan en el hogar". En Diputados, Portela critica las palabras de Mansilla contra Sojo, que maestros en derecho como Goyena y Estrada, dejaron pasar en silencio. Mansilla retira las palabras ofensivas. Portela pide la libertad del dibujante detenido, pero la Cámara rechaza la moción. Luego de algunas semanas Sojo recupera la libertad y se salva el principio de que las Cámaras del Congreso no pueden juzgar en los delitos contra la Nación, que previene la ley nº 1863. Creemos que estos hechos movieron a Cao para ofrecer sus servicios a Sojo.

A lo largo de su actuación, cabe recordar que Cao también ha sufrido prisión y persecuciones por su obra y conviene establecer un paralelo con Goya: éste fue perseguido y denunciado a la Inquisición y consta que ponía leyendas a sus grabados. Cao era el autor de las leyendas y versos de sus caricaturas.

Este es el clima en que Cao empieza a actuar como caricaturista, con tal amplitud que su obra en ese solo periódico ocuparía muchas páginas. Más adelante, en 1892, fundará *El Eco de Galicia*, órgano de los gallegos residentes en la Argentina. Allí pueden leerse muchos de sus ensayos, entre los cuales se halla una



Joaquín V. González, por CAO, caricatura aparecida en el nº 154 de la revista *Caras y Caretas*, del 14 de setiembre de 1901. El original de este trabajo fue donado por la señorita Francisca María Cao De Domenici, hija del artista, a la Universidad Nacional de La Plata con destino al museo gonzalino de "Samay Huasi", en Chilecito, La Rioja.

mofa sobre el empleo abundante del *vos* entre nosotros. Colaboran en el periódico, Rosalía de Castro, Curros Enríquez y otros destacados gallegos. Su sucesor en la citada publicación, el doctor Castro López dice que Cao, en ese época, está por escribir "algunas obritas sobre sociología y política y es solicitado por los editores para ilustrar libros" y añade que nunca sus obligaciones le hicieron olvidar su país.

Mas, en el proceso argentino los tiempos cambian. Las costumbres se suavizan. La política entra en una fase de tranquilidad y todo hace pensar que el siglo actual ha de aportar alguna mejora en los variados aspectos de la vida nacional. Para la caricatura también llega el período de madurez y el período está destinado a un gran brillo de esta rama del arte, pues ya se posee el maestro indiscutido. Y Cao, por derecho propio y mano firme, serenamente, empuña el cetro de la Caricatura al advenimiento de "Caras y Caretas", la revista inolvidable, que reúne a los primeros escritores, poetas y artistas plásticos, justamente, en el "98" nuestro. No sería posible historiar su obra en esta revista, que se prolonga en "Fray Mocho" (1912). Además, Cao lo ha hecho en 1916, con motivo del centenario de la Independencia ("El Hogar", 7 de julio de 1916) con el rubro: "La Caricatura en la Argentina" y ese trabajo alcanza hasta dos años antes de su muerte, ocurrida el 27 de enero de 1918.

Pero no es posible olvidar su creación máxima de las celeberrimas "Caricaturas contemporáneas" (1900) que se expanden por toda Europa y América y son celebradas como acontecimiento memorable. Este ciclo se completa con los "Juguets de actualidad" (1912), también caricaturescos: la caricatura del personaje se enrollaba y se sostenía con una

banda que a veces era el ala de una galera o un gorro militar o una corona de soberano. Sáenz Peña inaugura la serie con su popular galera gris y le sigue Victorino de la Plaza con kimono y coleta, pues lo representaba como chino.

Cao fue el primer director artístico del inicial suplemento ilustrado, perteneciente a "La Nación" (1902). Pero siempre su especialidad predominante ha sido la caricatura.

Empero, los tiempos adversos llegan y debe comenzar la lucha, ya fatigado, como se advierte en sus caricaturas, en un diario opositor (1917). Pero siempre tiene su mira elevada y conquista una vez más la admiración de los lectores y, a poco de reiniciar su última lucha, en "Revista Popular", le sorprende la muerte.

* *

Antes de finalizar este estudio en su segunda parte, corresponde ubicar la caricatura en su propio panorama y buscando de presentarla en todo su valor. La caricatura es un arte difícil por exigir múltiples condiciones en su cultor, que no son muy accesibles. Esas dificultades le otorgan jerarquía, colocándola a la par de las demás ramas de la pintura, porque exige como primera condición la perfección y estrictez en el dibujo, según Leonardo (Tratado de la pintura).

Hace poco más de medio siglo, Guido Marangoni habla de nuevos horizontes para la caricatura ("La Cultura Moderna", Milán, 20 de junio 1913, pág. 23), frente a los resultados del siglo pasado, con Gavarni, Nattier y Wateau, como representativos de su época. Dice: "¿Y los grandes caricaturistas de todos los siglos no elevaron, tal vez, su maliciosa producción a alturas de verdadera y propia arte, adaptándola a los procedimientos técnicos del arte mayor y más puro?"... "Goya puede que no sea grande como

CENTENARIO

Velázquez, pero también él ha llegado a fijar en maravillosos retratos caricaturales, la vida, debilidades y corrupciones de su época".

Sumando argumentos, hallamos en Sully Prudhomme ("La expresión en las Bellas Artes") al tratar del retrato: "Se puede evocar completamente un rostro con algunos trazos de lápiz justos; los caricaturistas lo saben y les basta exagerar uno o dos rasgos bien elegidos, para hacer la semejanza sorprendente". Y también duda que "un artista sin profundidad ni finura de espíritu, pueda interpretar la expresión de un hombre de genio o de gusto".

Félix Elías, gran caricaturista español que firmaba "Apa" cree que "la caricatura es la culminación de las artes. Cuando un arte llega a la caricatura cobra un valor eterno. La caricatura es la síntesis definitiva y ella exige mayor esfuerzo de concentración espiritual que toda otra manifestación artística". Y llega a decir: "Una caricatura apropiada puede agotar el cerebro más fuerte". Bagaría, el genial y nunca olvidado caricaturista español coincide en que "todo hombre tiene rasgos inconfundibles, que permitirían, si llegáramos a dar con ellos, poder trazar su caricatura con tres, con dos, quizá con una línea única". "Mi anhelo es sorprender esa 'línea interna' de cada individuo para llegar a la mayor sencillez posible, porque para mí la caricatura debe ser una síntesis absoluta".

Creemos que la caricatura no ocurre tan sólo en el orden gráfico. Significando *caricare*, cargar, exagera los rasgos del rostro (única cosa caricaturable); pero un poeta satírico puede cargar algunos de esos rasgos: ejemplo, el soneto a una nariz, de Quevedo; o el escritor humorista como Mark Twain. Cao considera al mono como la mejor caricatura del hombre. Pero existe diferencia entre cari-

catura y humorismo, como el caso de burlarse de la muerte, que en cambio no se puede caricaturar. Tampoco hacer caricatura es sinónimo de teratología como algunos parecen entender; en cambio los estudios de frenología, como Cao emprendiera, lo sitúan en el aspecto "lombrosiano" que él llama, con éxitos notables.

Volviendo a Cao, vemos que cierra su estudio histórico sobre el tema, ya citado, así: "Parece que no, pero el dibujante hace sus caricaturas sin acritud ni malquerencia; para él los hombres son símbolos y cuando llega a saber que alguno se ofende, ya no es el mismo artista para el mismo asunto. De mí sé decir, que cuando no hace mucho, supe que don Victorino (de la Plaza) era enemigo personal de la caricatura, me alegré de verlo tan próximo a dejar el mando".

A esta reseña le falta, por último, agregar que la obra de los 30 años de Cao permite estudiar la trayectoria de los personajes comentados, en su faz política especialmente, como también así de la época de su actuación.

En 1918 nos hubiera sido posible comparar la familia caricaturística con un sistema planetario como el solar, en cuyo centro Cao actuaría como el Sol y girando en su torno pocos aláteres: Aurelio Giménez, Mario Zavattaro, Pedro de Rojas, Julio Málaga Grenet, Víctor Valdivia y algo alejado el pintor Manuel Mayol. Tuvo algunos discípulos como Juan C. Alonso y Eduardo Álvarez y algunos imitadores, que al tentar destacarse, equivocaron o perdieron la ruta de la caricatura.

Ramón Columba, su admirador, en *El Congreso que yo he visto* (tomo III, pág. 102), declara en sus recuerdos anotados desde el balcón del viejo Congreso: "Allí me place reconocer los rostros característicos que, desde comienzos del

siglo, vengo siguiendo y copiando en mi casa, a través de las caricaturas de José María Cao en 'Caras y Caretas', época feliz aquella del humorismo argentino que brindaba sonrisas al público y sugerencias irónicas y aleccionadoras a los políticos".

Algunos artistas incursionaron en estos terrenos, pero sin profundizar, como los pintores Antonio Alice y Emilio Centurión, autores más bien de retratos por el parecido, pero sin deformar mayormente los rasgos.

Hoy, puede afirmarse, la caricatura ha desaparecido en nuestro país.

* *

En cuanto a la ubicación de Cao en la historia del arte, seguiremos el criterio de Henri Martinie al situar a Daumier (cuyo paralelo con Cao hemos esbozado, por ser casi contemporáneo) entre los románticos populares. De esta falange serían también, entre otros, Ga-

varni y Forain, que cultivan asuntos populares e imprimen a los personajes vulgares, ideas de libertad.

Además, tanto Cao como Daumier obedecen a móviles idealistas como la defensa de la justicia, amor a los humildes, crítica a los malos hábitos políticos y sociales, elevando por sobre todo este conjunto la libertad de pensamiento.

En fin, sería insensato querer acomodar la personalidad de un artista entre moldes asignados a géneros aparecidos con posterioridad: ningún *ismo* deberá intentarse para no exponernos a lo que Paul Colin, biógrafo de Bruegel el viejo expresa acerca de algunos críticos que quieren explicar lo que nadie vé o adivinar lo que el autor quiso mostrar y refiriéndose a la explicación dada a un cuadro de Bruegel que nadie hubiera imaginado, dice: "¡Qué bien muestra esta frase las locuras a las cuales se abandonan los inventores del humanismo de Bruegel y que utilizan después para justificar su doctrina!".